

EDUCACIÓN "NI...NI..." NI PENSAR NI DISCUTIR EDUCACIÓN

1.

En Uruguay, no estamos pensando ni discutiendo la *educación pública*.

Con esto no quiero decir, claro, ni que no se esté educando en nuestro sistema de educación pública, ni que no haya quienes la desmerezcan, quienes opinen sobre ella, quienes propongan recetas salvadoras. Sólo quiero llamar la atención sobre el hecho de que, a nivel de discusión pública, no parece preocupar demasiado comprender qué es educación, ni discutir los problemas específicos de sus contenidos (en el sentido amplio de "lo que pasa adentro") ni de su orientación. Entonces, mal podríamos planificarla, valorarla, mejorarla, ni experimentar ni evaluar alternativas. Demasiados "ni".

No generamos condiciones de posibilidad para pensar y discutir educación. Aunque legalmente contemos con un instrumento que sería idóneo para esto: el Congreso Nacional de Educación.

No nos ponemos siquiera en condiciones de pensar y discutir un punto de partida. Por ejemplo, si deberíamos tener una educación pública para todos, igualitaria, democrática, de buena calidad; que colabore con el logro del bien común o buena vida, una convivencia solidaria y fraterna en nuestro pequeño país, donde cada uno pudiera desarrollar libremente su perfección personal, en tensión sinérgica con los demás. O si, mejor, deberíamos tener otro tipo de educación con otras finalidades.

No es de extrañar nuestra situación. Nos limitamos a ajustarnos a las "medidas" y "evaluaciones" que otros proponen como si fueran "recetas" infalibles para el mundo, como si los fines y problemas educativos fueran los mismos para todos, en todas partes y siempre. O, quizás mejor, como si la educación no consistiera en formar seres y grupos humanos, sino en producir y reproducir en todas partes instrumentos humanos capaces de adaptarse sin conflictos a una "globalización" regida en la maximización de las ganancias individuales y la ilimitada apropiación por pocos de las riquezas del mundo actual, con la consecuente profundización de la miseria y el hambre, que cada vez afecta a más personas y genera más enfrentamientos violentos y guerras.

Parecería que ya está decidido que se eduque a cada uno contra los otros; que se eduque en valores egoístas de competencia que conducen a la violencia y la guerra. Parecería que asumimos como nuestra una educación *para esta globalización*, para acostumbrarnos

y acostumbrar a las nuevas generaciones al consumo, a la desigualdad, a la insensibilidad, al desprecio, al odio.

No somos excepción, claro.

2.

¿Exagero? Veamos qué pasa con los "ni... ni..."

Se ha enseñoreado de la opinión pública la *pseudo categoría* "educativa" de los "ni... ni": niños, jóvenes, preadolescentes, adolescentes, menores de entre 12 y 18 años que "ni trabajan ni estudian" y, según parece, "deberían" estar cursando los niveles básicos de la enseñanza media o, al menos, trabajando.

En realidad, quienes "ni trabajan ni estudian" son, de todas las edades, de todas las capas sociales, y no hacen ninguna de ambas cosas por razones de muy diferente índole.¹ Por eso digo que es una *pseudo categoría*.

Utilizarla implica otras categorizaciones insensatas que impiden pensar y discutir racionalmente la educación (particularmente si ésta es considerada un hecho y un derecho de todos y durante toda la vida), y que impiden pensar la relación entre trabajo y educación.

Si la educación pública hay que pensarla principalmente para los menores que "ni trabajan ni estudian", pareciera que lo que se propone como objetivo a todos ellos es, idealmente, que trabajen y estudien; o, al menos, que trabajen o estudien. Lo cual supone que, logrado el objetivo, ya no hay problema educativo.

Pero la pseudo categoría de los que "trabajan y estudian" presenta serios problemas educativos. El "estudio" de quienes además trabajan se resiente necesariamente por el menor tiempo y el mayor cansancio con que debe realizarse. Es una de las razones por las cuales las declaraciones de derechos de los niños reclaman que éstos no trabajen. La pseudo categoría que reúne a quienes "trabajan y no estudian" presenta muy graves problemas educativos: implica la vulneración de los derechos básicos de los niños a la educación y a no trabajar. Y los limita a pasar su vida en labores que no requieran ningún tipo de estudio. Por fin, la situación de quienes "estudian y no trabajan" (aquella que, tradicionalmente, consideró el "estudio" como el "trabajo" correspondiente a los niños), sigue siendo la de los sectores sociales más acomodados, la que permite las mejores condiciones de estudio, la que suele conducir a trabajos y funciones que dan mayor satisfacción personal, que tienen mejor remuneración económica, que

¹ Estrictamente, soy un "ni... ni...". Hago cosas, *trabajo* en un sentido del término en que muchos de los otros *ni... ni...* también trabajan; y se puede decir que *estudio* (lo que también es un trabajo) en un sentido que no tiene que ver con asistir a

cursos regulares para adquirir nuevas destrezas, competencias o títulos habilitantes para algún trabajo, sentido en el cual muchos "ni... ni..." también estudian.

son de mayor prestigio social y que implican las mayores responsabilidades públicas. No pensar la problemática educativa de ese sector sería una insensatez.

Claro, cuando se habla de los "ni... ni..." no se está pensando, por ejemplo, en quienes tienen problemas físicos o psíquicos que los inhabilitan para ambas cosas; tampoco en los profesores de filosofía jubilados.

La pseudocategoría permite englobar en esa negación conjunta estigmatizante, degradante, descalificante, a quienes serían "*el*" problema educativo: esos jóvenes pobres que no saben leer ni hablar, son sucios, díscolos, atorrantes, sin inteligencia, incapaces, inútiles, sin virtudes, peligrosos, violentos, actuales o futuros drogadictos, traficantes, rapiñeros, asesinos, y... y... y... Decir que alguien es "ni... ni..." ya es mirarlo como algo *negativo*, como una lacra, como una situación que está *mal*. Algo que -indiscutiblemente- *no debería ser*; personas que *no debería haber*. Algo que exige ser eliminado, o al menos, paliado.

Esos *detritus* sociales serían *culpables* (o sus padres o su barrio), aunque quizás también *víctimas*, *producto* de nuestra *pésima educación*, culpa de malos docentes, directivos, locales, planes, programas, currículos, reglamentos...

Cuando se decide *a quién educar* (a los ni... ni...), entonces, se decide también *quién no puede educar* (el sistema educativo público y sus agentes). Entonces (dejando lejos las preguntas de qué es educar, por qué y cómo hacerlo, dejando de lado el problema de qué educación para todos) surge el pedido de *salvadores* que deberán necesariamente provenir del exterior del sistema educativo, de algo superior, libre de culpa: *¿Quién podrá defendernos? ¿Quién podrá educar a los ni... ni...?*

Me parece que va llegando la hora de generar condiciones para pensar y discutir nuestra educación pública para todos y durante toda la vida. Mirando nuestra educación en su conjunto. Partiendo de nuestras tradiciones y nuestra realidad actual. Pensando a largo plazo.

Deliberando entre todos.

Una condición -no un resultado- es la igualdad de los interlocutores.-

